

mente en conferencias con Villars. El acuerdo entre ambos ofrecía tres dificultades principales, porque el enemigo quería á la sazón quedarse con Landau, recibir una indemnización en cambio de Friburgo y que se restituyeran los territorios bávaros al elector Maximiliano Manuel. Estas condiciones amenazaron hacer imposible toda avenencia; pero por un lado Villars deseaba sinceramente coronar sus glorias militares con una paz definitiva, y por otro el príncipe Eugenio estaba más que convencido de que la Alemania era completamente incapaz de continuar la guerra. Por tanto se pusieron al fin de acuerdo las dos partes y se firmó la paz en Rastadt en 7 de marzo de 1714, en la cual se confirmaron las estipulaciones de la paz de Utrecht á favor del emperador y del imperio con la sola diferencia de que la Francia se quedaba definitivamente con la plaza de Landau. Esta pérdida sensibilsima, además de la befa de toda la Europa, fué el resultado de la guerra que Carlos VI quiso hacer, en su pueril obstinación á la Francia de Luis XIV, y todo esto por añadir á sus posesiones la isla de Sicilia.

El imperio alemán aceptó este tratado de paz con modificaciones insignificantes en 7 de setiembre de 1714 en Baden en el Aargau.

El emperador se empeñó con laudable celo en salvar los intereses de los catalanes, que tanta fidelidad le habían mostrado en la buena y mala fortuna; y pidió para ellos no solo una amnistía completa, sino también la confirmación de sus fueros tradicionales, pero sus nobles esfuerzos no lograron más que la amnistía. Los catalanes no quisieron aceptarla sin la confirmación de sus fueros; resistieron á las tropas de Felipe V con toda la desesperación y el odio de un pueblo oprimido, y fué menester el auxilio de treinta mil franceses á las órdenes de Berwick para someterlos. En setiembre de 1714 tomaron á Barcelona por asalto despues de una defensa heroica, y enseguida las otras plazas fuertes de Cataluña. Las libertades catalanas quedaron aniquiladas y el absolutismo triunfó en toda la España.

Este fué el epílogo de la guerra de sucesión que causó el desmembramiento de la vastísima monarquía española fundada por Fernando el Católico y ensanchada por Carlos V, primero en España.

La guerra de sucesión borró á la España del catálogo de las grandes potencias despues de haber figurado á la cabeza de ellas durante dos siglos.

Con la paz de Baden y la sumisión de Cataluña había concluido esta guerra que durante trece años tuvo todo el Occidente de Europa en armas. Si se quiere sacar un resumen de toda esta lucha colosal, no hay duda que en último resultado había salido perjudicada la Francia, y esto á pesar de la deslealtad y traición de los ministros ingleses, que sacrificaron á su pasión y odio de partido no solamente el interés de su propio país, sino también el de sus aliados.

Antes de la guerra de sucesión se había mostrado la Francia superior á toda la Europa unida contra ella, porque aun en la segunda guerra de coalición había sabido resistir con gloria á sus ataques combinados; pero esta vez teniendo á su lado la gran monarquía española y además poderosos aliados en Alemania, había sucumbido, y á no ser el cambio repentino de la política inglesa, habría quedado destrozada completamente.

Verdad es que despues del tratado de Utrecht conservó con corta diferencia las mismas fronteras que le había fijado la paz de Rysvik; pero el papel que podía desempeñar en Europa había cambiado. Quedaba, sí, la primera entre las grandes potencias, pero solo la primera entre potencias pocas ó menos iguales. En los campos de batalla de esta guerra había sido despojada de la preponderancia abrumadora

que había hecho sentir á toda la Europa Richelieu, Mazarino y más que estos el mismo Luis XIV, dictando leyes á las naciones aterrorizadas. En este concepto había sido completo el naufragio de la política de Luis XIV, de la obra principal que se había propuesto y en la cual había trabajado toda su vida, aunque salvó algunas grandes conquistas y ventajas parciales. También había logrado colocar á su nieto en el trono de España; pero poca ventaja sacó de esto la Francia, y no tardó en hacerse evidente que los lazos de sangre entre los soberanos no eran bastante fuertes para aliar de un modo permanente la política española á la francesa.

Al lado de la Francia figuraba á la sazón la Inglaterra como potencia preponderante en la política Europea, y entendía cumplir su nuevo papel en sentido conservador, como protectora y guardadora del equilibrio y concierto entre todas las naciones; es decir que venía á ser el contrapeso de todos los caprichos de preponderancia de cualquiera de ellas. Estaba sobre todo asegurado su dominio en los mares, ya por conquistas de puntos importantes, ya por tratados de comercio ventajosísimos celebrados con Francia, Portugal, España y las colonias de esta última. Los ingleses debieron tan brillante posición á la política de Guillermo III, y á la de sus discípulos Marlborough y Godolphin.

De esta misma política fué víctima la patria de Guillermo, la Holanda que perdió su puesto de gran potencia con la paz de Utrecht y pagó con este sacrificio el precio de la libertad de las naciones europeas. Los esfuerzos que hizo, tan fuera de toda proporción con su población reducida, dejaron exhaustos sus recursos materiales rentísticos y legaron al país una deuda enorme. Su unión con la Inglaterra más poderosa que ella, en lugar de comunicarle mayor vigor, la había abrumado y debilitado; y por toda recompensa de sus grandísimos esfuerzos, solo recibió la barrera de guarniciones á la cual hubo de renunciar despues espontáneamente porque en lugar de una ventaja, resultó ser una carga molesta. Su inmenso comercio marítimo entre los diferentes países de Europa había pasado á la marina inglesa. En una palabra la Holanda á consecuencia de esta guerra descendió del puesto de potencia de primer orden al de potencia de segunda clase; de magestuosa nave á balandra llevada por el poderoso navío inglés á remolque.

El Austria en cambio recibió por la paz de Utrecht un aumento de fuerzas considerable. La adquisición de los Países Bajos españoles y de la Italia española por de pronto, sin la Sicilia, que coincidió con la sumisión definitiva bajo su cetro de Hungría y de la Transilvania, la colocó como tercera gran potencia al lado de Francia y de Inglaterra. Sus rentas subían solo á 28 millones de florines que entonces valían lo que hoy 210 millones de pesetas; pero si su poder se hubiese medido por su extensión territorial y el número de súbditos, habría sido la primera entre las grandes potencias. La notoria incapacidad de sus gobernantes, la ignorancia y la consiguiente pobreza de la gran mayoría de los habitantes limitaban el poder del Austria reduciendo los ingresos de su tesoro á menos de la mitad de los del tesoro inglés ó francés; á lo cual se agregaba la gran distancia de varias provincias, como la Bélgica y Nápoles que hacía difíciles y costosas su defensa y administración; de suerte que de ningún provecho eran en el fondo para la monarquía. No eran estos los únicos inconvenientes que menguaban el poder del Austria, á primera vista tan grande; porque añádase la diferencia de tantos idiomas, costumbres, tradiciones é intereses, sin más lazo que les uniera que el tener un soberano comun. En un cuadro tan abigarrado no había que pensar en nada que se pareciese á espíritu patrio, ni simpatía

ni sacrificio de interés por el bien general; allí no había más Austria que el pequeño archiducado y algunas provincias hereditarias antiguas, ni más austriacos que los habitantes del uno y de las otras; los demás eran italianos, flamencos, valeses, magyares, eslavos y hablaban sus respectivos idiomas que en nada se parecían entre sí ni al alemán. Todas estas condiciones del imperio austriaco eran obstáculos que menguaban singularmente su fuerza material, pero no tanto su importancia moral, que se había aumentado muchísimo, á la cual también contribuía que sus huestes y muchos de sus generales se habían mostrado rivales y competidores dignos de las mejores tropas y de los capitanes más eminentes de la época, cuando no superiores. Capitanes como el príncipe Eugenio, Guido Starhemberg y Heister apenas admitían rival en Europa, ni tampoco los regimientos austriacos que habían vencido en Hoeschtaedt, Turin y Oudenarde. En general habíase colocado muy alto en todas estas guerras la fama de las armas alemanas. Al considerar que muchas grandes batallas habían sido decididas á favor de los aliados por el valor y la pericia de los batallones prusianos, que con los de Hesse, Brunswick, Hanover y el Palatinado habían conquistado tantos lauros con su heroísmo, disciplina y firmeza, no podía desconocerse que los alemanes eran todavía la raza más guerrera del mundo (1), y que si el ejército confederado se presentó por demás miserable no fué por culpa del material de que se componía sino de su organización y de su dirección.

Excepto el desmembramiento parcial de la monarquía española, eran insignificantes los cambios territoriales que había producido la guerra de sucesión, lo que hizo decir á muchos, que tanta sangre y tantos sacrificios habían sido estériles; pero ya hemos visto que en las relaciones mutuas del poderío de los estados europeos habían producido un cambio de inmensa trascendencia cuyos efectos se sienten aun hoy. La unidad de la monarquía por la cual habían luchado por una parte la Francia y por otra el Austria había quedado destruida, pero los otros resultados de esta guerra sangrienta eran en realidad tan considerables y grandiosos como aquel propósito origen de toda lucha.

CAPITULO VI

ESTADO DE EUROPA EN LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL REINADO DE LUIS XIV

Mientras la grandeza artificial de Holanda se iba desvaneciendo paso á paso á consecuencia de la guerra de sucesión, se desmoronaba en sangrienta y penosa lucha el poder de otro Estado, basado meramente en las cualidades eminentes y personales de algunos de sus soberanos, y en el ardor y entusiasmo guerrero de sus habitantes, en lugar de estar cimentado en una fuerza material y perenne. Hablamos de la Suecia, poco antes potencia principal y á la sazón sustituida en su puesto importante de la escena política por otro imperio que hasta entonces apenas había sido conocido ni de nombre, ni estaba siquiera incluido entre los Estados europeos. Era la Rusia que casi de improviso se elevó á una posición influyente y por tanto imponente y amenazadora.

Carlos XII de Suecia había perdido sin provecho ni plan alguno meses preciosos en Sajonia, solo para gozar de la satisfacción infantil de ser el espanto de las grandes potencias del Oriente y centro de Europa. Vencidos completamente sus dos enemigos, el rey de Dinamarca y el de Polonia, elector de Sajonia, determinóse Carlos al fin á marchar contra su

tercer enemigo, el czar de Rusia á quien en su necia ignorancia creía poder vencer fácilmente.

Pedro de Rusia entre tanto había aprovechado el tiempo que Carlos le había dejado, para prepararse activamente á defender con éxito en caso necesario los territorios que había conquistado á orillas del Báltico, porque la posesión de estas provincias con sus puertos excelentes era el único medio de ingresar en el concierto de los Estados europeos. Había logrado celebrar con Augusto II, antes de su abdicación del trono de Polonia, un tratado en el cual Augusto cedió á la Rusia todas las provincias bálticas de su reino, á saber: la Carelia, la Ingria, la Estonia y la Livonia, menos una parte de esta última; es decir, que era este tratado el reverso del celebrado en el año 1699. Con esto Pedro de Rusia logró el objeto que se había propuesto al auxiliar al rey de Polonia insuficientemente. Tuvo además criterio bastante para tratar á la población de los nuevos territorios con solicitud cariñosa para ganar su afecto y que prefiriesen el dominio ruso al régimen durísimo del gobierno sueco.

Sin embargo, al aproximarse Carlos con la brillante aureola de sus victorias, ofrecióle el czar la restitución de todas las provincias conquistadas, con excepción de la pequeña Ingria, donde había empezado la construcción de su nueva capital Petersburgo, para tener acceso al Báltico, como cuestión vital é ineludible para el desarrollo interior de la Rusia, y para ocupar un puesto entre las naciones europeas. Con estas condiciones estaba pronto á hacer la paz, pero Carlos no quiso consentir de modo alguno en que la Rusia conservara la Ingria, bien que era por demás insignificante y aunque en cambio se indemnizaba brillantísimamente de esta pérdida con la Curlandia ducado feudal, bajo la soberanía de Polonia hasta entonces, conquistado por su general Lesvenhaupt.

Fracasaron, pues, las negociaciones, y el czar formó su plan de defensa perfectamente adaptado á las condiciones particulares de su imperio; plan que segun demostró despues la experiencia, y que en mayores proporciones se llevó á cabo otra vez en el año 1812 contra las huestes francesas, era el único racional y práctico. Determinó en efecto, devastar las provincias fronterizas, irse retirando delante de las fuerzas suecas y atraerlas así paso á paso al interior de sus vastos dominios, donde la falta de subsistencias y de comunicaciones con la patria, habían de ser los aliados más poderosos de los rusos contra el limitado ejército sueco. El plan de Carlos XII debiera haber consistido en evitar y rehuir aquellos inconvenientes, y reconquistar las provincias bálticas en poder de los rusos partiendo de la Curlandia. Esto era lo natural y lo más sencillo, porque asegurado por la espalda y en continuo contacto con el mar, podía ir avanzando y penetrar en caso necesario hasta al interior de Rusia; pero lo más natural nunca fué del gusto de este rey que buscaba su mayor gloria en consternar al mundo con sorpresas inauditas, y resolviendo problemas en apariencia imposibles.

Así fué que para su mal y el de su país prestó oídos á los pérfidos consejos de un aventurero que por los medios más solapados había subido á jefe de una horda de nómadas, sin unión y variable como todas: llamábase Mazepa y estaba á la cabeza de una tribu de cosacos de la Ucrania. Con este individuo hizo Carlos XII un convenio á consecuencia del cual se puso en marcha hacia la Ucrania en el verano de 1708 contra el consejo de todos los jefes militares de experiencia que expresaron en alta voz su disgusto, porque el caso era que estando situada la Ucrania en medio de las sabanas ó estepas de la Pequeña Rusia en el interior, aun saliendo victorioso en todos los encuentros, no se lograba

(1) Hay que tener en cuenta que el autor es alemán. (N. del T.)

ningun otro resultado práctico. Cerca de Golowchin derrotó Carlos á una division rusa, pero la tenacidad de la resistencia que esta hizo, y las bajas que causó á los suecos evidenciaron que los rusos habian hecho grandes progresos en el arte de la guerra desde la jornada de Narva.

Ensoberbecido con esta victoria marchó Carlos adelante hácia la Ucrania sin aguardar al general Lewenhaupt que le llevaba un refuerzo de 11,000 soldados veteranos y gran cantidad de municiones desde Curlandia.

Con esta precipitada marcha dió ocasion á los rusos para interponerse entre Carlos y Lewenhaupt, y quitar á este en octubre de 1708 cerca de Liesna toda su artilleria y provisiones, causándole las bajas consiguientes que dejaron sus fuerzas reducidas á poco menos de la mitad. Gracias á sus disposiciones magistrales pudo el eminente general llevar á su rey el resto de su division. Todos los cálculos del rey de Suecia, si de cálculos puede hablarse tratándose de un hombre como Carlos XII, salieron desde entonces fallidos. Una gran expedicion desde la Finlandia sobre San Petersburgo y Cronstadt fracasó completamente. Por otra parte resultaron puro humo las promesas de Mazepa que no tenian garantía ninguna; porque en el momento mas crítico le abandonaron sus cosacos, y gracias que pudo escapar con vida, y reunirse seguido de unos pocos compañeros en son de fugitivo con el de Suecia, que se veia enteramente rodeado del enemigo en medio de las solitarias sabanas á muchos cientos de leguas de su país. Vino la primavera de 1709 que encontró á Carlos en el mismo punto con solo 20,000 hombres de los 50,000 que habia llevado á Rusia. Con este puñado de hombres, faltos de municiones de boca y de guerra, debiera haber emprendido á toda prisa la retirada; pero en lugar de hacerlo así, puso sitio á la fortaleza de Pultawa, defendida por 80,000 rusos. Segun su costumbre expuso su persona tanto que fué herido en un pié, y aunque la herida le impedia dirigir su tropa en persona, mandó atacar las fortificaciones rusas en 8 de julio de 1709 (segun el calendario moderno). El resultado fué una confusion inmensa, que acabó con la derrota completa de los suecos los cuales dejaron en el campo de batalla 3,000 muertos y en manos del enemigo 2,000 prisioneros.

Esta batalla de Pultawa acabó con la preponderancia sueca en el Norte y Nordeste de Europa; la obra fundada por Gustavo Adolfo, engrandecida por Carlos X y renovada por Carlos XII quedó destruida en esta jornada; porque era en el fondo una ficcion. La escasa poblacion de Suecia, notoriamente pobre, no ofrecia ninguna base para semejante preponderancia, que solo descansaba en el talento superior de algunos reyes y en un ejército magníficamente disciplinado, é insensible al frio, al calor, al hambre, á la sed, á todas las intemperies y privaciones, vencedor en infinitas batallas, pero compuesto en gran parte de soldados alemanes, á sueldo de la Suecia. Carlos XII con su increíble obstinacion y necias aventuras destruyó en su campaña rusa de 1708 y 1709 este incomparable ejército; y perdido que fué, se deshizo el poderío de la Suecia como la nieve al sol. La destruccion del poder sueco fué tambien un suceso desgraciado para la Francia y en gran parte consecuencia indirecta de la guerra de sucesion, pues á no haber sido por esta guerra Luis XIV hubiera intervenido en aquellos sucesos á favor de la Suecia, que desde Gustavo Adolfo habia sido casi la constante aliada de la Francia. A la sazón solo podia socorrerla con sus buenos oficios diplomáticos, sin otro auxilio serio. Indefensa quedó, pues, esta potencia en frente de sus muchos enemigos.

El resto del ejército derrotado emprendió su retirada; pero al llegar al Dnieper, rio de gran corriente y anchura, no pudo

pasar. El rey con 1,500 hombres escogidos tomó el camino de Turquía, con cuyo gobierno habia estado ya en tratos poco antes, y el resto, 14,000 hombres del mejor ejército del mundo, tuvo que rendirse á los rusos cerca de Parevolochna. Triste suerte fué la de estos valientes, porque la mayor parte fueron llevados á Siberia.

Así acabaron el ejército y la gloria de la Suecia.

Al traspasar Carlos la frontera turca solo tenia á su lado 500 hombres; los otros 1,000 habian sucumbido á consecuencia de las fatigas de la huida ó caido en poder de los rusos. Cerca de Bender estableció su pequeño campamento donde fué mantenido y socorrido liberalmente por los turcos, y viendo la gran popularidad que entre ellos tenia, resolvió quedarse por lo pronto allí para ver si podia inducir al sultan á declarar la guerra á Rusia, á fin de invadirla él de nuevo á la cabeza de un ejército turco y penetrar con él hasta Polodia. Semejante plan le halagaba por lo fantástico; pero el motivo principal de su permanencia en Bender no era este, sino la vergüenza de regresar á su reino vencido y fugitivo. Este falso orgullo y este egoismo pudieron mas con él que el bien de su país al cual habia dejado abandonado á su suerte desgraciada.

El y su predecesor Carlos XI habian montado la máquina gubernativa sueca de un modo que en todo tenia el rey exclusivamente la iniciativa. El menor acto, aun de los funcionarios mas encumbrados, hecho sin orden del soberano, llevaba consigo el peligro de ser calificado de crimen de alta traicion; y como Carlos en las circunstancias en que se hallaba, no se cuidaba de dar ni enviar disposiciones gubernativas á su infortunada patria, puede imaginarse cómo debia marchar la administracion. Faltaba por un lado la inspeccion del soberano; por otro ningun empleado tenia ganas de hacer nada, y así todo iba de mal en peor; cada cual procuraba por su parte enriquecerse á costa del país y á merced de la confusion. Establecióse un tribunal para castigar los abusos y fraudes, pero hubo de disolverse porque todos, incluso los miembros de este tribunal, eran culpables. Las continuas contribuciones de sangre y de dinero habian esquilado al pueblo sueco; el metálico habia desaparecido; el comercio agonizaba y los campos yacian incultos por falta de brazos. La desesperacion y el desengaño cruel cundian cada dia mas entre los habitantes infortunados que vieron su bienestar destruido, sus hijos sacrificados en países lejanos y su patria hundida para siempre, todo por la ambicion demente de su rey que debia haberse desvelado por su felicidad.

La batalla de Pultawa fué tambien la sentencia de Estanislao Leczinski, el protegido de la Suecia, que al instante se vió abandonado de todo el mundo y tuvo que huir á la Pomerania sueca, mientras Augusto II, sin hacer caso de la renuncia forzosa del trono polaco que hizo en el tratado de Altranstaedt, regresó á Polonia sin encontrar resistencia en ninguna parte, é hizo una nueva alianza con el czar y el rey de Dinamarca. El mas activo y el mas afortunado de estos soberanos fué otra vez el czar Pedro, que no perdió un momento. Sus tropas penetraron por un lado en la Finlandia y por otro en la Livonia, de cuya capital Riga se apoderaron en 1710. La poblacion alemana y la nobleza de este último país recibieron del gobierno ruso otra vez sus antiguos fueros que la Suecia les habia quitado, y de los cuales se dieron prisa á valerse para tiranizar cruelmente á la poblacion indígena, que era la raza lituana. Entre tanto el czar Pedro casó á su sobrina Ana Ivanowna con el joven duque de Curlandia. Este murió poco despues; y como su tío y sucesor legitimo vivia lejos del país por ciertas desavenencias y disputas con sus representantes, encargóse la joven duquesa viuda del ducado bajo la proteccion é influencia de su tío, el czar de Rusia.

Hasta la pequeña Dinamarca intentó hacer leña del árbol caído é invadió el territorio propiamente sueco en 1710. Su ejército fué completamente derrotado cerca de Helsingborg por el general Steenbock, militar rudo, pero decidido y hábil; con lo cual se obtuvo que la Dinamarca diera su voto en favor de la neutralizacion de los territorios suecos en Alemania bajo la condicion de que el gobierno sueco tampoco organizara desde estas mismas provincias ninguna expedicion militar. Esta resolucion se tomó en el llamado «Concierto del Haya» en el mismo año de 1710 por las potencias de la Grande Alianza, á fin de que la Alemania pudiese concentrar todas sus fuerzas contra la Francia. No se opuso á esto tampoco el gobierno sueco que bastante atropellado estaba y trabajo tenia para reunir las fuerzas que le quedaban y emplearlas en defensa de la Finlandia y de la Suecia propiamente dicha; pero al participarlo á Carlos XII en Bender rechazó el arreglo como una limitacion injusta de sus derechos de soberano y de sus planes de guerra. Con esto llevó los infortunios de la guerra tambien á sus provincias alemanas.

Entre tanto Carlos XII veia en la Turquía un porvenir de color de rosa, porque á fuerza de intrigas, cohechos y discusiones interminables, y con el apoyo del embajador francés en Constantinopla, habia logrado que la Sublime Puerta, que hacia tiempo miraba con malos ojos el poderío de Rusia, la declarara en 1711 la guerra. Pedro invadió la Moldavia que se habia sublevado contra el gobierno turco; pero el gran visir Mehemet Baltachi le cercó completamente con un gran ejército turco á orillas de Pruth. Pedro y su ejército estaban perdidos y con él la obra de toda su vida y el porvenir de Rusia. En tan desesperada situacion su astuto vicescanciller Chafiroff, ayudado por la emperatriz Catalina, logró convencer al czar de la necesidad de intentar el cohecho al mismo tiempo que entrara en negociaciones amistosas de paz con el gran visir. Este, desconfiando de su propio impensado éxito, no deseaba mas que asegurarlo á la mayor brevedad y antes que sobreviniera un cambio inesperado que le hiciera perder lo que tan fácilmente habia ganado. En tal disposicion Chafiroff pudo determinarle á firmar la paz de Huchi que naturalmente fué muy favorable para la Turquía, pero no tanto como habria podido ser si el gran visir hubiese aprovechado la posicion malísima en que se hallaba el czar de Rusia. Este tuvo que restituir á los turcos la plaza y el territorio de Azof, con lo cual volvió á quedar excluida la Rusia del Mar Negro y del Mediterráneo. Además comprometióse á sacar sus tropas de Polonia y á no mezclarse mas en los asuntos de este reino, ni finalmente impedir ni poner obstáculos al regreso del rey de Suecia á su país.

El visir creyó suficiente esta última condicion para cumplir los compromisos contraídos por la Puerta con su huésped sueco, ó por lo menos aparentó creerlo así, pues demasiado debia saber que un hombre como Pedro I de Rusia, que no sabia lo que eran escrúpulos, no cumpliria ningun pacto desde el momento en que se viera libre de toda presion de fuerza mayor. Carlos sabia todo esto y trató de hacer anular un tratado de paz tan necio; pero solo se atrajo la enemistad del gran visir que exigió de él que abandonara cuanto antes el territorio turco; y cuando Carlos se resistió á hacerlo por pura terquedad, llegó aquel hasta á amenazarle. En tan crítico momento, cayó el gran visir víctima de las cábalas de sus enemigos y de las maquinaciones activas del embajador francés. El sucesor de Mehemet Baltachi volvió por dos veces á amenazar á la Rusia y la Polonia, pero por la mediacion de las potencias marítimas, que no querian perder los contingentes de Sajonia, se compuso otra vez la divergencia con la mayor prontitud. El plan de Carlos XII

de inducir á las potencias protestantes alemanas á la guerra contra el elector de Sajonia, Augusto II, por haberse hecho católico, no encontró oídos en ninguna parte como era de presumir.

El abuso que hizo Carlos XII de la hospitalidad turca, viviendo con sus 500 compañeros tres años y medio á expensas de aquel gobierno, fué ciertamente una gran desvergüenza, tanto mas cuanto que al cabo de este tiempo todavía se resistió á las instancias del sultan que queria desembarazarse de tal huésped. La única explicacion que de semejante conducta puede darse es que rehuía ver con sus ojos en su patria las desgracias que le habia acarreado.

Cansado por fin el sultan Ahmed III de tan molestísimo huésped, consultó á los sabios de su religion si podia despedirle, y apoyado en su autorizacion, determinó obligarle á la fuerza á marcharse; pero Carlos se fortificó entonces en su casa de Bender y opuso una resistencia furiosa á los genizaros que le atacaron. Por fin fué vencido y llevado á Andrinópolis; pero entonces ocurrió una nueva revolucion de palacio en Constantinopla que le permitió prolongar su permanencia en Turquía y en diferentes poblaciones hasta el otoño de 1714. Entonces hizo la Turquía la paz con Augusto II de Polonia, y amenazó á Carlos con echarle del país á viva fuerza si no se iba de buen grado. En vista de esto, resolvióse Carlos á marchar y partió de Demotica en 1.º de octubre de 1714, despues de una permanencia de cinco años en Turquía. Con una rapidez increíble, tan irracional como su tardanza anterior, atravesó la Valaquia, y bajo un nombre supuesto sucesivamente la Transilvania, la Hungría y la Alemania hasta llegar á la plaza de Stralsund, la mas fuerte de la Pomerania sueca.

Allí encontró sus negocios en un estado muy aflitivo.

Su oposicion al concierto del Haya habia dado los frutos que el consejo real de Suecia habia previsto; los dinamarqueses y los rusos, estos en número de 40,000 hombres bajo el mando inmediato del czar Pedro I, habian tomado posiciones en 1712 en Pomerania y Meklemburgo. El general Steenbock, vencedor de Helsingborg, creyendo no poder sostenerse en Pomerania, se habia establecido sin hacer caso de nadie en Meklemburgo, donde estaba mas cerca del amigo y pariente de su rey, el duque de Holstein Gottorp, y allí derrotó en diciembre de 1712 cerca de Gadebusch al ejército danés superior en número al suyo; pero yendo á sus alcances los rusos y sajones, tuvo que entrar en el Holstein dinamarqués, donde se vengó cruelmente en la ciudad indefensa y abierta de Altona reduciéndola toda á cenizas. No tardó en alcanzarle el justo castigo; cercado de repente por las fuerzas enemigas que le perseguian, hubo de entregarse cerca de Toningen con todo su ejército en mayo de 1713.

En tal estado de cosas un soberano alemán echó mano á la espada para amparar á la Alemania septentrional castigada por unos y otros. Este soberano fué el rey de Prusia, elector de Brandeburgo.

El gobierno del primer rey de Prusia Federico I habia resultado cada dia mas fatal para el país. Habia devuelto al emperador el distrito de Schwiebus, única indemnizacion que su padre habia podido obtener en cambio de los derechos de la familia de Hohenzollern sobre tres principados de Silesia. Las arcas del tesoro estaban vacías y la poblacion gemia esquilada bajo la carga de contribuciones abrumadoras. El sudor del pueblo se habia gastado en necias vanidades y fausto. Un sistema extravagante de arrendamiento de los bienes de la corona habia llevado la confusion mas horrorosa á la hacienda pública, y la ruina á muchas familias. La capital Berlin ganaba artificialmente en importancia por efecto del lujo de la corte, mientras las ciudades pequeñas, villas y